

REPORTAJE

El privilegio de ser santera es, para Rosa, que se puede acceder a todas las dependencias de la Virgen y Santos, situada en Pozuelo de Calatrava, el privilegio de estar todo el tiempo que quiera rezándole. Para la ermita de la Virgen de los Santos, situada en Pozuelo de Calatrava, el privilegio es que en pleno siglo XXI todavía existan personas como ella que tengan devoción y aplicación en un oficio que se va perdiendo poco a poco en tiempos modernos.

“Lo bueno de mi oficio es que tienes el trabajo cerca de casa”

Rhodelinda Julián

Dice que no se siente sola y que está muy bien acompañada por la Virgen y su hijo. Su casa está en lo alto del cerro de la Virgen de los Santos, al lado de la ermita que custodia. Cuando llega el invierno el aire no pega muy fuerte pero la soledad habla a través del sonido del viento, que replica en la Cruz de Calatrava, en el suelo que empuja rastrojos naturales o en la herradura de la puerta del santuario, por donde el viento dibuja el recorrido de una clave centenaria. “Puede que tenga siglos, porque desde que yo era chica esa llave siempre ha sido así”, me dice Rosa mientras me muestra la llave que ocupa toda mi mano, firme legado de la historia que guarda la ermita de Pozuelo de Calatrava y que ahora está en sus manos.

Su oficio se reconoce como “santera” y está en esa lista de oficios perdidos o casi olvidados. No hay ofertas en Internet ni se pide un curriculum de experiencia. La Hermandad que vela por la ermita donde los pozoleños celebran sus romerías de mayo, eligen a un santero cada cierto tiempo para que velen por la Virgen de los Santos. Rosa lleva cuatro años trabajando como santera, recogiendo el legado de un hombre que estuvo casi dos décadas. “Generalmente es la persona quien decide cuánto dura su trabajo”, nos dice Pedro, que pertenece a la Hermandad. “No es fácil soportar la soledad, el mal tiempo en invierno y la lejanía de un pueblo”, nos cuenta. Ellos están contentos con Rosa, quien hace sus labores con religiosidad, ahínco y alegría.

“Cuando los pozoleños vienen a la ermita yo se la abro, recibo a la gente y lo tengo todo limpio para cada ocasión”, nos cuenta mientras no para de fijarse en los rincones a ver si está todo limpio. Rosa nos hace un recorrido por la ermita como si fuera su casa, en el santuario hay una decena de personas que rezan en silencio pero tienen un saludo agradable para ella. “¿No hacemos nada malo, no?” me pregunta mientras piensa que la paz de la ermita se ha visto alterada por la curiosidad de quien escribe.

Nos sube a la cámara donde se acicala a la virgen para las romerías, y nos enseña orgullosa el manto de ceremonia de la figura que ella llama “mi madre”. “No po-



demos tocarlo mucho porque son las camareras las que se preocupan de la Virgen; de todo lo demás -dice Rosa- me ocupo yo”. Las camareras, como lo llama Rosa y el argot popular, son las personas que tienen acceso a vestir a la Virgen y limpiarla, otro oficio perdido y reservado sólo para devotas que

guardan la ilusión de las primeras romerías de mayo. Ellas son las que visten la figura virginal como si fueran sus nietos en el primer día de su comunión. La santera se ocupa de “todo lo demás”: barre y friega el suelo de la ermita y las cámaras, el altar... Y una pequeña estancia donde está guardada la

historia de los pozoleños.

La otra ermita

Hace casi un siglo que la ermita fue ampliada para guardar a todos los devotos que no perdían un domingo en encender una vela para la Virgen de los Santos. Es una cámara donde pronto empezó

a llenarse de gente en cada uno de sus bancos, así como de promesas y peticiones. La estancia está adornada con cuadros de fotos de principios de siglo XX, se puede leer “la quinta del 37” al lado de un grupo de jóvenes barbudos, probablemente la última foto con pelo antes de ir a la mili. “Las madres llevaban las fotos de sus hijos para pedir suerte a la Virgen antes de que ingresaran en el servicio militar, o a veces eran los mismos jóvenes los que se reunían para hacer cuadros de su quinta y colgarlo en la pared de esta ermita”, nos cuenta Rosa, que atesora 300 años de historia. “Muchas veces, -nos cuenta Pedro, de la Hermandad de la Virgen de los Santos- la gente viene a la ermita y aprovecha a ver a sus antepasados en las fotos... Por ejemplo en aquella de allí está mi padre, y siempre que vengo le busco entre los retratos”, nos cuenta.

Si nos pudiéramos a contar quizás llegaríamos a un par de miles de fotos las que hay colgadas en estas paredes que han visto cómo los jóvenes ingresaban en el servicio militar y regresaban hechos unos “hombretones”, como dicen nuestras abuelas. La última quinta que hay colgada data del año 95, la última promoción que disfrutó del servicio militar obliga-

